

## La fe que conquista lo que Dios ha prometido (11:30)

### Introducción:

En los versos 23 al 29, el autor de la epístola a los Hebreos nos mostró ejemplos claros de la fe perseverante tomando la vida de Moisés como modelo, ahora, en el verso 30, nos mostrará la conquista de la fe, basado en la fe de Josué y de Israel.

El pueblo que había salido de Egipto, a pesar de haber sido liberado de manera portentosa, decidió mantenerse en incredulidad (Heb. 3); en consecuencia, todos ellos, excepto Josué y Caleb, perecieron en el desierto, donde Dios los obligó a vagar durante cuarenta años.

Una nueva generación de jóvenes aprendieron a temer al Señor y a obedecerle, los cuales lograron entrar a la tierra de Canaán, es decir, a la tierra prometida a Abraham y a todos sus descendientes.

La fe había logrado que el pueblo saliera de la esclavitud, pero ahora se necesitaba para entrar a la tierra prometida. La fe, como hemos aprendido en los pasajes anteriores, no se requiere sólo para el comienzo, sino también durante el caminar y para entrar a la posesión de la herencia.

En nuestro texto veremos cómo la fe confía en el poder del Señor, sigue sus instrucciones y espera que el Dios Soberano obre lo que parece imposible, usando medios que rayan en lo ridículo para la mente mundana.

*“Por la fe cayeron los muros de Jericó después de rodearlos siete días” (v. 30)*

Los muros de Jericó cayeron, no por la fuerza de un ejército, sino por el poder de Dios que utilizó a la fe de Josué y del pueblo como un medio.

Analicemos, a la luz de la historia del Antiguo Testamento, cuál fue el reto para la fe que ofrecía Jericó. En Josué capítulo 6 verso 1 dice: *“Ahora, Jericó estaba cerrada, bien cerrada, a causa de los hijos de Israel; nadie entraba ni salía”*.

El pueblo de la promesa va rumbo a la posesión de la tierra prometida, han atravesado el desierto de la peregrinación y ahora han recibido la orden del Señor de poseer dicho territorio: *“Aconteció que después de la muerte de Moisés siervo de Jehová, que Jehová habló a Josué hijo de Nun, servidor de Moisés, diciendo: Mi siervo Moisés ha muerto;*

*ahora, pues, levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel” (Jos. 1:1-2).*

Pero, estando a las puertas de Canaán, se encuentran con un formidable obstáculo: la ciudad-estado de Jericó se ha erigido como una fortaleza inexpugnable que impide el paso del pueblo hacia la conquista de la tierra prometida. “Jericó estaba estratégicamente situada sobre el flanco oriental de Canaán. Tribus nómadas del desierto oriental cruzaban ocasionalmente el Jordán e invadían la tierra. La fuertemente amurallada ciudad de Jericó, pletórica de poderosos guerreros, evitaba que los invasores penetraran en los valles principales que daban acceso a la parte central de Canaán”<sup>1</sup>.

El paso hacia la victoria estaba fuertemente obstaculizado; no podrían ingresar a la tierra de la bendición sin antes destruir esta fortaleza.

Recordemos que el pueblo de Israel estaba compuesto por personas que llevaban 40 años vagando por el desierto. Carecían de instrumentos que les permitieran derribar muros tan altos y gruesos como los de Jericó. Se cree que estos muros medían unos 6 metros de alto y entre 2 a 9 metros de ancho. Realmente era una fortaleza inexpugnable.

El pueblo no podía tomar la opción de desviar el rumbo y buscar otro camino, pues, Jericó se encontraba en toda la entrada a la tierra prometida. Si ellos conquistaban esta ciudad, entonces el camino para la conquista del resto de la tierra iba a ser más fácil. Si no lo lograban, entonces debían olvidarse de poseer la tierra prometida.

Es preciso recordar que nuestro autor Sagrado, el escritor de la epístola a los Hebreos, con todos estos ejemplos tomados del Antiguo Testamento, quiere enseñarles a sus indecisos lectores, que la fe verdadera siempre encontrará obstáculos difíciles.

El camino de la salvación está invadido de fuertes murallas que se yerguen cual gigante Apolión tratando de amedrentarnos para que no continuemos la senda de la vida y retrocedamos despavoridos frente a sus rugidos aterradores.

El pueblo nuevamente se enfrenta a una situación que sobrepasa las fuerzas humanas, y lo único que les queda es esperar las instrucciones del Señor. Aunque esta es una nueva generación de israelitas, no tan incrédulos como sus padres que salieron de Egipto y en

---

<sup>1</sup> Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 407

consecuencia murieron en el desierto; no obstante, aún la semilla de la duda se encontraba presente, y es por eso que el Señor los exhorta, en cabeza de Josué, a no desmayar frente a los formidables obstáculos que encontrarán en el camino de la conquista de la tierra, pues, si se mantenían confiados en el poder absoluto del Soberano Salvador, entonces serían victoriosos: *“Yo os he entregado, como lo había dicho a Moisés, todo lugar que pisare la planta de vuestro pie. Desde el desierto y el Líbano hasta el gran río Eufrates, toda la tierra de los heteos hasta el gran mar donde se pone el sol, será vuestro territorio. Nadie te podrá hacer frente en todos los días de tu vida; como estuve con Moisés, estaré contigo; no te dejaré, ni te desampararé. Esfuérzate y sé valiente; porque tú repartirás a este pueblo por heredad la tierra de la cual juré a sus padres que la daría a ellos. Solamente esfuérzate y sé muy valiente, para cuidar de hacer conforme a toda la ley que mi siervo Moisés te mandó; no te apartes de ella ni a diestra ni a siniestra, para que seas prosperado en todas las cosas que emprendas”* (Jos. 1:3-7).

El combustible que alimentaba el fuego de la fe de Josué y la del pueblo de Israel, se encontraba solamente en la Palabra del Señor. Nuevamente vemos que *“la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios”* (Ro. 10:17).

Josué pudo seguir adelante y creyó que Dios destruiría el inexpugnable obstáculo que se les cruzaba en el camino de la victoria, solamente porque había escuchado con fe la Palabra del Señor, y ésta era su alimento constante: *“Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien”* (Jos. 1:8). Podemos imaginar a Josué leyendo diariamente las Sagradas Escrituras, que en su mayor parte estaban compuestas por las leyes que Dios había dado a través de Moisés.

Josué se agradaba y deleitaba en conocer y obedecer los mandatos del Señor, y esta obediencia fortaleció su fe de manera que confiaba en que Dios realmente les daría la conquista de la tierra, a pesar de los fieros enemigos que encontrarían.

La meditación diaria en la Ley del Señor hizo la diferencia entre la fe y la incredulidad. Josué conocía de manera cercana al Señor a través de su Palabra escrita, pero los otros espías que le acompañaron a recorrer, un tiempo antes, la tierra de Canaán, se mantuvieron

en incredulidad pensando que el poder del Señor era menor que las murallas de Jericó: “...este pueblo es mayor y más alto que nosotros, las ciudades grandes y amuralladas hasta el cielo; y también vimos allí a los hijos de Anac” (Det. 1:28).

No solo la Ley sino también las promesas divinas se convirtieron en alimento de la fe de Josué. Él sabía que Dios cumplía sus promesas, y que su segura promesa era entregarles la tierra de Canaán: “*Jehová vuestro Dios, el cual va delante de vosotros, él peleará por vosotros...*” (Jos. 1:30).

“*Por la fe cayeron los muros de Jericó después de rodearlos siete días*” (Heb. 11:30).

Ahora, ¿Cuál sería el medio que Dios usaría para derribar las altas y anchas murallas de Jericó? No sería la fuerza humana, ni la astucia de Josué, ni las armas del pueblo. Dios utilizaría como medio algo que iba en contra de toda confianza carnal: marchar durante siete días alrededor de la ciudad de Jericó.

Los habitantes de la ciudad estaban temerosos a causa de la presencia de Israel. Ellos habían escuchado las proezas del Señor en favor de su pueblo: “*Sé que Jehová os ha dado esta tierra; porque el temor de vosotros ha caído sobre nosotros, y todos los moradores del país ya han desmayado por causa de vosotros. Porque hemos oído que Jehová hizo secar las aguas del Mar Rojo delante de vosotros cuando salisteis de Egipto, y lo que habéis hecho a los dos reyes de los amorreos que estaban al otro lado del Jordán, a Seón y a Og, a los cuales habéis destruido. Oyendo esto, ha desmayado nuestro corazón; ni ha quedado más aliento en hombre alguno por causa de vosotros, porque Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra*” (Jos. 2:9-11).

Pero, no es difícil imaginar que cuando los habitantes de Jericó, llenos de pánico y terror, vieron la inusual estrategia militar del poderoso pueblo de Israel; la cual consistía en caminar diariamente alrededor de las murallas, como en procesión; desestimaron este método y hasta llegarían a considerar que nada malo les ocurriría y que todo lo que habían oído de Israel no eran más que exageraciones.

¡Qué método tan absurdo para lograr destruir unas murallas! Pero Josué y el pueblo, aunque no entendían del todo qué sucedería, obedecieron al Señor y siguieron sus instrucciones: “*Más Jehová dijo a Josué: Mira, yo he entregado en tu mano a Jericó y a su rey, con sus*

*varones de guerra. Rodearéis, pues, la ciudad todos los hombres de guerra, yendo alrededor de la ciudad una vez; y esto haréis durante seis días*” (Jos. 6:2-3).

La fe produce obediencia a las instrucciones bíblicas, así éstas parezcan contrarias a toda razón humana. De la misma manera el evangelio nos pide que hagamos cosas que, aparentemente, atentan contra nosotros, pero que tienen como fin el darnos la bendición verdadera y eterna. El Señor nos dice que debemos perder nuestra vida para ganarla: *“Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará”* (Mr. 8:35). El Señor también le dice a su pueblo que para ser el mayor, debemos ser el menor: *“Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve”* (Lc. 22:25-26). El evangelio demanda cosas que son contrarias a la razón carnal, pero que son totalmente lógicas para la fe, para aquella fe que no mira las cosas que se ven, sino que tiene *“la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve”* (Heb. 11:1).

Josué y el pueblo no se apresuraron a destruir al enemigo por sus propios esfuerzos, sino que con paciencia caminaron alrededor de las murallas durante seis días.

Supongo que los dardos de fuego del maligno eran lanzados una y otra vez sobre Josué y su ejército, diciéndoles: *“Todavía sigues confiado en la palabra de Jehová. Cuántos días llevas dando estas ridículas vueltas, y nada sucede. ¿Has visto que las murallas se muevan, o que tambaleen? No ha pasado nada, las cosas siguen igual, no hay esperanza de destruir las murallas con estas inoficiosas rondas. Mejor confía en el poderoso ejército que tienes y lánzate a destruir las murallas con las armas que posee. No esperes en Dios, en ti está el poder, en ti está la fuerza”*.

Pero el escudo de la fe los protegía de los dardos de duda y con la espada de la Palabra ellos le respondían: *“¡La ciudad se va a derrumbar! Está firme como una roca. No se ha movido. Ni una viga se ha movido, ningún cordón se ha roto. Ni una sola casa yace en ruinas,*

ninguna tienda se ha caído. Ni una sola piedra de sus murallas se ha desmoronado. ¡Pero la ciudad debe caer!”<sup>2</sup>.

Ahora, me parece ir más allá de las Sagradas Escrituras el tratar de encontrar un significado oculto en las siete vueltas alrededor de Jericó. Creo que, tanto el autor del libro de Josué, como el de Hebreos, nos dejan ver que el acto de rodear la ciudad durante siete días, sin ninguna acción armada, tenía como propósito probar la fe del pueblo, y enseñarles que los métodos del Señor para sus grandes conquistas no dependen de la fuerza del hombre. Creo que la forma de la curación del leproso Naamán también está en concordancia con el método que usó el Señor para la destrucción de los muros de Jericó. El profeta Eliseo le envió razón al orgulloso general del ejército de Siria que si quería ser sano se sumergiera siete veces en las aguas del Río Jordán (2 Reyes 5). ¿Qué tenía que ver la curación de una terrible enfermedad como la lepra con el sumergirse siete veces en el río? Nada, era simplemente un acto de obediencia y fe, era un acto de sometimiento al Señorío del Dios Todopoderoso. A Dios le fascina mostrar al hombre que sus fuerzas no son nada, que las batallas no se ganan con ejército, sino con el poder del Señor.

Ahora, si queremos establecer claras relaciones bíblicas, entonces, debemos observar que el séptimo día es el reposo para Jehová, es el día en el cual el hombre cesa de sus labores cotidianas, y adora al Señor, esperando que Él le supla para ese día. Israel ganó la victoria no en la sexta ronda, que pudiera significar la victoria humana, sino en la séptima, en el reposo, cuando el hombre no confía en sí mismo sino en el cuidado de Dios.

De la misma manera, las batallas del Evangelio no se ganan con estrategias humanas o técnicas sociológicas o psicológicas. No. La batalla del evangelio se ganará, como dijo Pablo, a través de la locura de la predicación: *“Pues, ya que en la sabiduría de Dios, el mundo no conoció a Dios mediante la sabiduría, agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado”* (1 Cor. 1:21-23). No pretendemos convencer a los incrédulos a través de campañas de milagros, sermones elocuentes, o conceptos psicológicos o filosóficos; no, lo único que derribará los muros de

---

<sup>2</sup> Spurgeon, Carlos. Extraído de: <http://www.spurgeon.com.mx/sermon629.html>

incredulidad y que conquistará los corazones rebeldes, será la predicación fiel de la Palabra de Dios, mostrando siempre al Cristo que fue crucificado en una cruz para dar salvación a todos los que creen en él.

La gracia no torna pasivos a los que confían en el Señor, sino que por el contrario los vuelve activos en la fe. Josué y el pueblo no debían sentarse cómodamente debajo de los laureles a esperar a que cayeran los muros de Jericó, era menester mantenerse ocupados en los asuntos de la gracia, y en este caso, la actividad consistió en rodear la ciudad durante siete días.

Ellos estaban inspeccionando al territorio enemigo: dónde estaban las puertas, las torres, las murallas más gruesas, en fin, cada soldado del ejército de Israel, siempre que rodeaba las murallas, podía estar planeando por dónde entraría para tomar posesión de lo que Dios ya les había entregado. “La fe ve la dificultad, lo inspecciona todo y luego dice: “con la gracia de Dios voy a saltar por sobre el muro”. Y salta por sobre el muro. Nunca argumenta a su favor las ardientes explicaciones de: “los signos de los tiempos”. No se queda quieta y dice que evidentemente el sentir público está cambiando. La fe se enfrenta a lo que sea y no le importa cuán mala es la cosa a la que se va a enfrentar. A pesar de que haya personas que puedan exagerar la dificultad, la Fe tiene la mente noble como ese famoso guerrero que, cuando le fue dicho que había miles y miles de soldados en su contra, replicó: “Entonces, hay tantos más que debo matar””<sup>3</sup>.

El séptimo día, el pueblo debía dar siete vueltas, “*Y cuando toquen prolongadamente el cuerno de carnero, así que oigáis el sonido de la bocina, todo el pueblo gritará a gran voz, y el muro de la ciudad caerá; entonces subirá el pueblo, cada uno derecho hacia adelante*” (Jos. 6:5). El pueblo lo hizo así, y la gloria de Dios se dejó ver, produciendo el hundimiento de los muros, de manera que todos los guerreros de Israel entraron sin dificultad a la ciudad, matando a todos sus habitantes y conquistando así el más grande obstáculo que impedía la conquista de la tierra prometida. La fe en Dios hizo posible lo que parecía imposible. El pueblo confió en la Palabra del Señor y esperó pacientemente en ella. Ellos obedecieron el mandato divino, confiaron en el Señor, y el Señor obró poderosamente.

---

<sup>3</sup> Spurgeon, Carlos. Extraído de: <http://www.spurgeon.com.mx/sermon629.html>

## **Aplicaciones:**

- La ciudad de Jericó estaba fuertemente cerrada, nadie podía entrar ni salir. Sus habitantes estaban presos en la ciudad de pecado. De la misma manera muchas falsas iglesias y sectas encierran a sus infelices seguidores dentro de sus fortalezas de engaño, dando la impresión de que nadie podrá salir de sus seductoras doctrinas; pero la iglesia del Señor, con el verdadero evangelio y la doctrina bíblica, llegará a todos los rincones del mundo y romperá todas las barreras que Satanás y los falsos profetas han levantado, y el Señor rescatará a todos los que ha escogido para salvación. Esto debe motivarnos a trabajar en llevar el evangelio y la doctrina bíblica a todas las personas, a todos los lugares, e incluso, llevarlas a las puertas de la amurallada Jericó; pues, el Señor derribará los argumentos que se han levantado contra la Palabra y nos permitirá saquear las cárceles de almas que aprisionan a los incautos engañados, y llevaremos la luz del verdadero evangelio por doquier. Hoy días las falsas doctrinas de la teología de la prosperidad, la palabra de fe, la nueva era, la falsa guerra espiritual, el emocionalismo espiritual, los falsos ministerios proféticos y apostólicos, el animismo y el neo-misticismo, el relativismo, el liberalismo teológico y otros males; han permeado fuertemente a la iglesia cristiana. Estas doctrinas y prácticas destructoras se han levantado como férreas murallas y casi que abarcan a toda la cristiandad; pero no desmayemos en la lucha de proclamar el verdadero evangelio y sacar del error a las muchas almas que corren rumbo al infierno siguiendo un evangelio falso. Oremos, anunciemos a gran voz y sin temor que el día de la liberación ha llegado. Así como los israelitas gritaron con fuerte voz y tocaron las trompetas anunciando la victoria del Señor, seamos aguerridos soldados del evangelio bíblico y no nos cansemos de proclamar por doquier la verdad liberadora de la Palabra de Dios.

- Los caminos de Dios son, frecuentemente, diferentes a los nuestros. ¿Cuándo se había escuchado que una sólida muralla fuese demolida completamente en respuesta a un grupo de personas que caminaron alrededor de ellas? Dios se deleita en humillar la soberbia de los hombres: El líder y legislador de Israel fue salvado en una pequeña y débil arquilla de juncos. El gigante Goliat fue destruido por una honda y una diminuta piedra. El profeta

Elías fue sostenido por un puñado de harina provisto por una viuda pobre. El precursor de Cristo se alimentaba de langostas y miel silvestre en medio del desierto. El Salvador mismo nació en un establo y fue acostado en un pesebre. Sus embajadores fueron, mayormente, pescadores analfabetos. Lo que es muy apreciado entre los hombres es abominación a los ojos de Dios, y lo que nos parece despreciable o inservible, a Dios le place usarlo para cumplir sus propósitos más altos.

- En el caminar de nuestra fe en Cristo siempre encontraremos Mares Rojos, Ríos Jordán y Murallas férreas. En la batalla de la fe hay muchas poderosas dificultades e inexpugnables oposiciones. No hay que caminar mucho en la fe cristiana para encontrarse cara a cara con todo lo que desafía nuestro valor, nuestras fuerzas y nuestros recursos naturales. Sin embargo, aunque esta oposición nos parezca imposible de destruir, para Dios no son más que bagatelas. Las murallas parecerán altas hasta el cielo, o insignificantes y fáciles de destruir dependiendo de cuál es nuestra comunión y conocimiento del Dios Todopoderoso. La fe se alimenta con la Palabra de Dios, y nuestro conocimiento de la misma determinará la forma cómo nos enfrentemos a las dificultades que surgen a diario en contra de nuestra fe en Cristo. Seamos más versados en las Escrituras, bebamos de ella constantemente. Mantengámonos en comunión con el Dios que se ha revelado en la Biblia y de seguro cultivaremos una fe como la de Josué.